

La uva y el dominó

Juan Antonio Rosado

Era grande el colegio donde cursé la secundaria. Ahora soy como mi padre: un abogado civilista, de esos que, entre otras cositas, divorcian a las parejas. Fui hijo único y mi madre decidió que yo debía estudiar en una escuela religiosa para varones. Por la mañana, un montón de tortugas, cerditos, ratones, jirafas machos, tiburones y otros animalillos domésticos (o no tan domesticados) nos apresurábamos para llegar a la escuelita. La primaria estaba dividida de la secundaria, y ésta de la prepa; cada área, con su puerta, sus instalaciones, su personal. Casi nunca se veía al director general, un sacerdote alto, de cabello cano, de sonrisa postiza y ademanes amanerados. Intentaba denotar caridad y comprensión. Lo vi pocas veces en doce años: sólo cuando surgía un grave problema o cuando nos graduábamos para pasar al siguiente ciclo. Una vez me lo encontré en un almacén, comprando y fisgoneando, pero no me reconoció.

De la primaria, lo más memorable fue un profesor de quinto, apellidado Aneiros. Cada vez que se aproximaba una celebración, nos decía: “Ya saben, muchachos: buenos regalos, buenas calificaciones”. Recuerdo poco al director del área: nunca me tuve que presentar ante él porque siempre fui bien portado, pero conservo la imagen de un señor tranquilo, sonriente, muy político. En contraste, el hermano Benito, que dirigía la secundaria, nunca hacía honor al diminutivo de su nombre: todos le temíamos, incluso algunos

profesores, como Almaraz, el de biología. Le llamaban El Caballo y era medio locuaz. Otro profe que le tenía miedo al hermano Benito era el maistro Rodríguez. ¡Cómo olvidarlo! ¡Todo un caso! Le apodábamos el Moco, porque se rascaba el labio superior (era su tic). Se la pasaba haciendo chistes idiotas y hablando de sus problemas matrimoniales: “¡Nunca se casen, jóvenes! ¡Sufrirán las consecuencias!”. Nos reíamos mucho. La maestra Nora (le llamábamos la Huesitos porque estaba flaquísima) daba Español y tenía un carácter fuerte. Más bien era el hermano Benito quien guardaba sus distancias con ella. Otro maestro de secundaria era Castellanos. Le apodaban el Toby. Era gordo, gordo, con unas chapas siempre encendidas. A veces lo recogía una simpática gordita de trenzas, con cara de caricatura. Le llamaban la Piggy. Hacían buena pareja. A mí me caía bien el Toby porque era súper alivianado, como decíamos. Nunca se metía con nadie y jamás lo vi enojado. Tomaba las cosas con serenidad y se notaba que le gustaba impartir clases. Se rumoraba que no se había casado con Piggy y que ambos vivían en unión libre. Él decía que era soltero y que la gordita era su novia. No sé más.



Sin título (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

El hermano Benito merece un lugar aparte. Siempre demostraba un carácter impositivo. Al hablar, su boca se convertía en un pozo sin fondo, del que asomaba una dictatorial dentadura chimuela. Sus ojos eran bolas de fuego que contrastaban, por un lado, con la palidez enfermiza del rostro tenso, casi inmóvil, como de reptil, y por otro, con el cabello semicano, peinado con gel y no sé cuántos menjurjes. Nos llamaba ¡PECADORES! y nos amenazaba con la excomuni3n y el infierno. Recitaba versículos en latín que nadie entendía.

En una ocasión, nos llevó a los de tercero de secundaria a uno de sus célebres retiros espirituales. La primera noche, después de cenar algo asqueroso, nos dirigimos a la capilla. Tomamos asiento en las bancas y el director, vestido de negro, apagó las luces y encendió un par de largas velas sobre el altar. Su figura daba la impresión de algo fatídico. Lo más que se apreciaba detrás de las velas era la sombra, una sombra extensa que recorría la pared, llegaba al techo y se movía como fantasma. La intensidad y duración de su discurso nos impactó. Aún resuenan en mi mente sus palabras:

—¡Muchachos! ¡El camino de la perdición se halla frente a nosotros, tentándonos, hablándonos sigilosa, perversamente para acudir a él! —Su voz metálica, cortante, se tornaba suave y cadenciosa cada vez que concluía una frase—. ¡Y ay de quien acuda al camino de la ruina y la decadencia: perderá su alma para toooda la eternidad! ¡Y eso es lo que quiere Satanás, el Príncipe del Mundo! ¿Saben lo que eso significa, jóvenes? ¡Para toooda la eternidad! Eternidad es una palabra fácil de pronunciar, como cuando decimos “papá” o “mamá” o cualquier otro vocablo de la vida cotidiana, pero isólo imaginen lo que significa la eternidad! ¡Para siempre, jóvenes, para siempre! ¿Oyeron? ¡Para siempre! ¡Toooda la eternidad! Nuestra vida es sólo la millonésima parte de un microsegundo de la eternidad, y cuando ustedes mueran y Dios, Nuestro Señor omnipotente y omnipresente, les ordene que extiendan la palma de su mano y les pida lo que ustedes cosecharon en este Valle de Lágrimas que es la vida; cuando ustedes extiendan esa palma y esté absoluta, completamente vacía, entonces Dios le preguntará a cada uno: “¿Qué tienes que ofrecer, hijo mío? Yo te brindé amor, misericordia e incluso, ¡incluso mi perdón!, y tú, tú traicionaste todo con el libre albedrío que yo también te otorgué por amor.” ¡Entonces ustedes, muchachos inexpertos, débiles de carácter, pecadores que se dejaron llevar por el mal camino, no tendrán nada, NADA que dar! ¡Satanás está aquí, entre nosotros, y él les querrá arrebatarse todo! ¿Me entienden? ¡Para que no tengan naaada que dar! ¡Llegarán ante Dios con las manos vacías! ¡Con-las-ma-nos-va-cí-as!



Aldo (2014). Acuarela tratada digitalmente:
Cindy Gómez.

En este punto, la voz del hermano Benito se volvió amarga, fatalista, desgarradora; sus ademanes, acelerados, inquietos. Había mucho fuego en su mirada y su índice no paraba de señalarnos, de culpabilizarnos, de hacernos sentir insignificantes ante el poder infinito del Dios Padre. Nos contó historias de gente que perdió su alma y cómo Satanás se la ganaba para las calderas eternas del Infierno. Todo se volvió dramático. Lo que mejor se observaba era la larga sombra en constante movimiento, no sólo a causa de los ademanes del maestro, sino, sobre todo, por el titilar de las velas, ya que, debido a la lúgubre ventila ubicada en uno de los rincones superiores, entraba un vientecillo frío que movía las llamas produciendo un efecto aterrador. Tal vez sólo yo me atreví a mirar al hermano a los ojos, pero pronto bajé la mirada: tal era la fuerza, la dureza de las palabras que taladraban mi conciencia adolescente.

Al día siguiente, sentí una profunda transformación en mis compañeros. Sólo Aldo, un chico gordo de lentes, algo rebelde y frívolo, lleno de pecas y lunares, continuaba con una actitud de irreverencia. Parecía que el discurso del profe no le había hecho efecto y se reía por cualquier cosa. De repente empezó a insultar y golpear por puro juego. Como todos seguíamos impresionados con el tono y la seguridad del hermano Benito, o nos dábamos media vuelta ante las divertidas agresiones de Aldo, o de plano poníamos la otra mejilla para recibir una certera cachetada.

La segunda noche, cerca del baño de la explanada, frente al asta bandera, Arturo y yo escuchamos que el profesor Benito le llamaba “cínico” a Aldo y lo zarandeaba. Oímos algo sobre las uvas podridas. Decía que una uva mala propagaba su mal a las demás, como la peste; también habló del dominó. Dijo que si se paraban las fichas en hilera y la primera caía, que



Sin título (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

el resto también se caería. Con severidad amenazó a Aldo con separarlo del resto de los alumnos, pero a él parecía no importarle ni la firmeza del profesor, ni la manera como abría la boca y enseñaba la dentadura, ni su intensa, profunda voz, con la que sabía manejar una impresionante variedad de tonos. Arturo y yo nos retiramos con sigilo. Mi amigo corrió la voz sobre la reprimenda y el zarandeo que sufrió Aldo. Entonces Pedro, un chavo muy devoto que había soportado las humillaciones de Aldo, dijo: “Ya me las pagará esa uva podrida”, y reunió a tres o cuatro amigos suyos. Recuerdo a Pedro por sus ojos verdes, grandes, saltones, con unas ojeras que no disminuían; su pelo, rubio y rizado. Pero, sobre todo, lo recuerdo por su hipocresía: una cara distinta para cada ocasión (o así me lo figuraba).

El dormitorio era muy grande, con unas veinte literas. Cada joven tenía asignado un número de cama. La mía era la 18. Pedro dormía en una de las primeras. En medio de la penumbra producida por la ligera luz que se colaba entre los resquicios de las persianas, no abrí los ojos. Esa noche, tal vez nadie los abrió una vez que Aldo entró para descansar. Lo primero que oí fue una advertencia: “Si gritas, te mato”. Era la voz de Pedro. Lo demás fueron quejas y súplicas de Aldo. Arturo vio todo y me contó al siguiente día el escarmiento que sufrió Aldo por parte de Pedro y sus tres amigos. Los demás estuvimos con la oreja parada y nadie hizo nada para defender a Aldo.

—¡Uva podrida! ¡Cuatrojos!

—¡De aquí no te escapas, fichita de dominó! ¡Satanás! ¡Antes que nos tires a todos, te vamos a tirar a ti! ¡Uva podrida!

Empezaron los moquetazos y patadas. Golpes sordos que Aldo recibía, zapatos que se deslizaban, caídas, intentos por escapar, gritos ahogados o reprimidos, hasta que sonó un terrible “¡mis lentes no!, ¡mis lentes no!”, seguido de un golpe y otro golpe y otro y otro... Y algo que se destrozaba contra el piso. Arturo me contó que Pedro pisó los lentes de Aldo, haciéndolos añicos. Escuché la palabra “sangre” y luego... el absoluto silencio. “¡Si dices que nosotros fuimos, te mueres, uva podrida!”. Fue lo último que oí aquella noche. Nadie se

movió hasta que por la mañana nos despertó el grito del prefecto. Aldo yacía ensangrentado sobre el piso, los ojos hinchados. Después nos enteramos que le habían roto dos dientes, el tabique nasal y una costilla de tantos golpes y patadas.

Tras la orden de que todo mundo permaneciera en su litera, llamaron a la ambulancia y se llevaron a Aldo, aún inconsciente. Los profesores hicieron que nos vistiéramos pronto y nos formaron en la explanada. A pesar de las amenazas de expulsión y otras peores, nadie se atrevía a soplar sobre lo sucedido. El hermano Benito dijo que ese día no habría desayuno, y que de comer sólo se nos daría pan y agua, a no ser que alguien denunciara lo que ocurrió.

—Voy a estar en el salón de actos, meditando. La denuncia será anónima. Nadie se enterará de quién me lo dijo. Si a las 7 de la noche no ha ido nadie a decirme la verdad, hoy mismo llamo a sus padres y a todos se les consignará a las autoridades correspondientes, y todos se irán al infierno por complicidad en este crimen atroz. Así que ya saben. ¡Monstruos! ¡Pecadores!

No hizo falta que nadie denunciara. Temerosos del castigo eterno, Pedro y sus compañeros fueron cabizbajos a echarse la culpa. El lunes siguiente, ya en la escuela, no vimos ni a Pedro ni a sus tres



Aldo (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

amigos. De lejos, vi a la madre de Aldo; salía llorando desconsolada de la dirección. Pasó otro día. Nada se sabía del gordo. Tuve un sueño que me persiguió durante por lo menos cinco o seis años. Nunca lo olvidaré mientras viva. Yo me acercaba al colegio. Poco antes de llegar, escuchaba —detrás de la barda que daba a la calle de Pascua— a una multitud enfurecida ¿o demasiado alegre? Lo ignoraba. Yo deseaba entrar a la escuela, pero debía rodear la barda, llegar a la calle Río y darle la vuelta al colegio. A medida que avanzaba, los gritos en el interior aumentaban. Unos minutos transcurrieron y por fin yo podía ingresar. Lo primero que siempre observaba era una enorme turba alrededor de una hoguera, de la que sólo alcanzaba a divisar parte del fuego y su intenso brillo. Las vestimentas de los concurrentes eran atuendos de épocas diversas. Me acercaba con lentitud y podía distinguir que en la pira se quemaba a un muchacho amarrado a una larga estaca. Sus gritos lastimeros, su cuerpo oscureciéndose y deshaciéndose en medio del humo, la piel carbonizaba, el olor repulsivo a carne quemada, hacían que me apartara con el horror. Entonces el humo se disipó y pude ver el rostro del calcinado: era Pedro. La puerta por donde yo había entrado se cerraba. Al lado, tres hombres eran azotados por cuatro barbudos de bata blanca, que miraban con fijeza al auditorio, compuesto por cientos de personas sentadas sobre el pasto amarillo, entre las cuales yo podía reconocer a mis papás y a Aldo. Él reía a carcajadas, sin parar. Los concurrentes se mezclaban con figuras. Bach sentado al lado de Johnny Torrio, quien comía compulsivamente uvas podridas mientras Juana de Arco jugaba dominó con el profe Benito. A sus pies, una botella vacía. Entonces me volvía hacia el otro extremo y vislumbraba un boquete por donde yo podría escapar.

—Es el principio de la fiesta, ¿no quieres quedarte?
—me decía una niña harapienta, morena, con pecas negras y nariz de gancho.

—No, no, llévame a la salida, pronto.

—Creo que estás ciego. ¿No ves el agujero de allá?

—Sí. Es que sólo quería platicar contigo... ¿Cómo te llamas?

—Aldo. —Al oír ese nombre, yo no me inmutaba.

—¿Eres niña? ¿Por qué te llamas así?

—Mis papás me cambiaron de sexo porque me porté mal.

—Pero ¿no estabas sentado allá, con los demás, riéndote?

—No era yo, sino mi doble.

A menudo me despertaba en este instante o, si no, se me borraba el resto. Otras veces, después de que me decía lo del doble, sólo escuchaba su voz en medio de la oscuridad: “Deberías escapar porque tú eres el siguiente en la lista. ¡Los van a quemar a todos! ¡Lero, lero! ¡Lero, lero! ¡Los-van-a-quema-aar! ¡Los-van-a-quema-aar!”. Y la niña bailoteaba y aplaudía de la emoción.

Ese sueño me persiguió como espectro, incluso después de la muerte de Aldo, consecuencia de un coágulo producido por el traumatismo craneoencefálico. Acaso algún día encuentre el sentido de los recurrentes disparates de ese sueño, el único que a lo largo de mi vida me llegó a despertar como un piquete siniestro. **LC**

JUAN ANTONIO ROSADO. Narrador y ensayista. Es autor de la novela *El cerco*, del libro de cuentos *Las dulzuras del limbo*, del libro de poemas y aforismos *Entre ruinas, poenumbas*, así como de los ensayos *El engaño colorido*, *Juego y revolución* y *Palabra y poder*, entre otras publicaciones. Ganador del Premio de Ensayo Juan García Ponce. Fue dos veces becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Doctor en letras por la Universidad Nacional Autónoma de México.